

# Vida, pasión, muerte y resurrección (?) de Juan Croniqueur

Winston Orrillo

*Departamento Académico de Comunicación Social*

La agresividad que yo he despertado generalmente me envanece a ratos (contigo no debo ser falsamente modesto.) Ves que si no valiese algo, si fuera un mediocre como los demás, no sería posible que suscitase sordas hostilidades... *En el Perú es necesario ser absolutamente mediocre para no ser detestado. El talento causa miedo y, por ende, reacción.* (Énfasis nuestro)



Carta a "Ruth" del 6 de marzo de 1920.

Se me acusa de petulancia, de teatralidad y de 'pose'. Es injusta, como todas, esta acusación. Hay de cierto sólo que no tengo la hipocresía fácil y arribista de proclamarme modesto. No quiero parecerme a los que mintiendo modestia alientan en el fondo de su alma la más exagerada de las vanidades. Y no busco embozos ni me agradan disfraces. Me descubro como soy, escribo como siento y nunca haré la profanación de mistificar mi emoción espiritual por darla en artículo, en un cuento o en una poesía, embustero velo de humildad.

Extra-Epistolario. *Escritos juveniles*, t. III, p. 79.

...a una infancia fugaz, siguió una adolescencia prematura, una adolescencia que a los quince años o antes me puso, por inquietud vehemente de mi espíritu, dentro de la vida de casi todos los escritores y periodistas de entonces. Desde entonces hice dentro de este diario [se refiere a *La Prensa*] incansable labor periodística, esa labor infecunda y anónima que resta energías, y que el público ignora... (\*)

Carta a "Ruth" del 11 de abril de 1916.

---

(\*) Todos las cursivas, salvo indicación en contrario, son nuestras.

## 1. Introducción

Este ensayo prosigue una vieja preocupación del autor, que se remonta a su tesis doctoral, de hace casi veinte años, plasmada en un volumen, publicado en 1989, en la Editorial Causachun, bajo el rubro de *Martí, Mariátegui: literatura, inteligencia y revolución en América Latina*.

Allí estudiábamos la concepción estético-literaria del Amauta Mariátegui, en paralelo con la de ese hombre solar de Nuestra América, el cubano José Martí. Descubrimos asombrosas coincidencias que nos condujeron, medularmente, a señalar que, ambos, a partir de la literatura, del arte, desbrozaban el camino para la fundación de una patria común para nuestras balcanizadas naciones.

Habíamos encontrado un venero. Profundizar en Martí no era congruente, pues allí estaban los hermanos cubanos para quienes, el creador de los *Versos sencillos*, el maestro de *La Edad de Oro*, es no sólo su máximo valor literario, sino aun el *Autor Intelectual* del *Ataque al Cuartel Moncada*, jalón histórico con el que se inicia, bajo la égida de su Comandante en Jefe, la Segunda y Definitiva Independencia de nuestras repúblicas dolorosas (*Martí dixit*.)

Teníamos, en cambio, inexhaustible, a Mariátegui.

Mucho se había publicado sobre él; pero, asimismo, bastante de ello, era pura hojarasca, voladero papel, prescindible monodía.

Aparte de los inefables esguinces políticos, que resultaban una mostrenca serie de lugares comunes, se hallaban los que pretendían, en el Amauta, hallar a una especie de taumaturgo perfectamente ubicable en cualesquiera de las bibliotecas esotéricas *ad usum*.

Claro, hubo una época en la que el acceso a la bibliografía —que, en realidad, era hemerografía, pues había que buscar un parte del ingente material mariateguista en repositorios de periódicos y revistas, pues sólo se contaban con los trajinados veinte tomitos de las (incompletas) *Obras completas*, que, por otro lado, sólo empiezan a publicarse a fines de los cincuentas—; hubo una época —decíamos— en la que los investigadores, y el público concerniente, tuvieron que conformarse con la repetición, hasta la saciedad, de conceptos como el hoy totalmente obsoleto de la *edad de piedra*.

Claro que mucho de la responsabilidad de esto, se halla en el hecho de que las precitadas *Obras completas* abarcaran, en su gran mayoría, aunque con alguna excepción, solamente lo escrito y publicado por José Carlos Mariátegui a su vuelta de Europa, o sea, a partir de 1923.

Se prescindía —y *strictu sensu* no les faltaba razón a los editores, porque había, de por medio, la palabra del propio Mariátegui— de todos los escritos anteriores, que se arrumaban bajo el sambenito de la antes convocada *edad de piedra*; término, por otro lado, acuñado por el propio autor para intentar olvidar sus primeras publicaciones, entre las que, sin embargo, hay preclaras preseas, que se pueden hoy fácilmente leer, pues, a partir de 1987, y bajo la dirección magistral del sabio ensayista sanmarquino (prematuramente desaparecido) Alberto Tauro del Pino, se han completado ocho volúmenes de los *Escritos juveniles*, verdadero espejo adonde habrá que acudir para desfacer entuertos y desmitificar verdades a medias, especialmente aquella de la falaz dicotomía entre el Mariátegui juvenil —el cronista, el cuentista, el poeta, el autor dramático, vale decir *Juan Croniqueur*— y el maduro y perspicuo ensayista, el fundador de la CGTP, el Partido Socialista y las revistas *Amauta* y *Labor*.

El problema, que nosotros presentaremos en este ensayo es cómo Mariátegui es uno e indivisible: desde el auroral muchacho que aprende a escribir escribiendo y leyendo inagotablemente, hasta el ensayista eximio, el pensador enjundioso, el organizador infatigable.

Es decir, lo que queremos plantear es que éste (el *Amauta*) no puede entenderse sin aquél (el *croniqueur*), que, precisamente por no haberse estudiado exhaustivamente, merece que nosotros intentemos adentrarnos en su vericuetos, en su contradicciones —fruto de una maduración acelerada y pertinaz— en su polifacética forma de expresarse, en su asumir un pseudónimo [mas no, por cierto, el único, aunque los otros fueron efímeros] que usa siete años, tres meses y veintiocho días, entre el 24 de febrero de 1911 —nace en el diario *La Prensa*— y el 22 de junio de 1918, en que lo sepulta (con obituario y todo) en el primer número de su revista *Nuestra Época*.

Anótese que la *resurrección* de *Juan Croniqueur* no se debe a que José Carlos vuelva a utilizarlo: él respeta a sus difuntos. Se trató, simplemente, de una *criollada* del periodista —leguista— Pedro Ruiz Bravo, quien prefirió exhumarlo para encubrir una valiosa colaboración que, desde Europa, le enviara JCM, y que su cobardía pretendía hacer pasar desapercibida ante los ojos del sátrapa de turno (precisamente, su amo, don Augusto Bernardino, quien, final-

mente, y como en casi todos los casos, mal pagara su obsecuencia: pues Ruiz Bravo acabó en el exilio).

Clave, pues, para el desarrollo, para la consolidación del Amauta, viene a resultar, de este modo, el *croniqueur*, objeto del presente ensayo.

Y todo esto porque, como lo afirma su propio hijo menor, Javier Mariátegui Chiappe, este *croniqueur* no es otro que una suerte de *alter ego* del joven Mariátegui en formación, en acelerada consolidación de sus principales puntos de vista; pues todo lo que hace el maduro y perspicuo fundador del pensamiento social peruano, para nosotros, no es sino el desarrollo de lo que, de una manera u otra, ya venía haciendo en su estadio de poeta, cuentista, dramaturgo, cronista.

Otro trabajo nuestro, anterior<sup>1</sup>, versó, asimismo, sobre el joven Mariátegui, mas cifándonos, entonces, sólo a su faz de periodista (cronista), de atildado y zahorí auscultador del acontecer cotidiano de la República Aristocrática de aquel entonces. Demostramos, allí, el papel cardinal que desempeñó su pluma enhiesta para señalar defectos, y denunciar situaciones que hoy tienen perfecta carta de ciudadanía entre nosotros, como la tortura (léanse crónicas como "La historia se repite" o "La Inquisición de Ate").

Esto, asimismo, consolida una imagen de Mariátegui joven que es perentorio rescatar: *junto con la pluma leve e inconsútil, él blandía el escabello que denunciaba las incongruencias de una sociedad que empezaba a deslizarse por la peligrosa (e irreversible) senda de la violación de los derechos humanos.*

## 2. Vida y vicisitudes

### *Nacimiento, periplo "vital"*

Es en 1911 –el 24 de febrero, concretamente–, y casi por obra del azar, que "nace" *Juan Croniqueur*, pseudónimo con el que el muy joven alcanzarrejones de *La Prensa*, José Carlos Mariátegui, se atreve a firmar una crónica, supuestamente enviada por un extraño –cuanto desconocido– "corresponsal desde el Viejo Mundo, desde España concretamente, al importante diario *La Prensa*,

---

<sup>1</sup> ORRILLO, Winston. *Mariátegui juvenil: el cronista*. Lima, 1994. Trabajo inédito realizado para el Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de San Marcos.

donde nuestro bisoño autor (tenía 15 para 16 años, pues había nacido el 14 de junio de 1894) trabajaba desde 1908.

Mariátegui sorprende al propio Director del diario, a la sazón el distinguido periodista Ulloa, quien manifiesta su complacencia por el estilo atildado y ahíto de buena información que presentaba la crónica, la misma que parecía anunciar una auspiciosa corresponsalía.

Cuál no sería su sorpresa cuando descubre que esas líneas habían sido pergeñadas por el “cojito” Mariátegui (así se le llamaba, cariñosamente, por entonces), a quien nadie creía capaz de redactar toda una crónica (y más aun: nadie lo había autorizado para ello), a pesar de que él ya se iba haciendo conocido por su contracción al estudio, por su conocimiento de idiomas (tanto que traducía artículos y revistas que llegaban a la redacción del diario) y por su dominio del idioma, pues, incluso, les corregía el estilo a periodistas mucho mayores.

Las circunstancias vitales de Mariátegui no le permitieron una educación formal, y más bien la condición de autodidacto le puso su impronta. Creemos que es su hijo menor, el notable psiquiatra y miembro de número de la Academia de la Lengua, Javier Mariátegui Chiappe, quien, en muy reciente trabajo, ha elucidado mejor esta situación. Vale por ello la larga cita que sigue:

En la dinámica vital del joven Mariátegui no había espacio para la instrucción formal. La pobreza y la necesidad de trabajar casi desde niño se dieron la mano para imponerle la formación del autodidacto, volcado a la curiosidad por todo, desde los hechos más simples de la vida cotidiana hasta el conocimiento de los grandes temas de la humanidad y de la cultura en sus más amplios alcances.

[...]

Sin estudios preparatorios, con apenas los correspondientes a los primeros de primaria, sin estudios secundarios ni universitarios, José Carlos diseñó un modelo personal para el que dispuso del tiempo y de la actitud espiritual favorables para captar las esencias del conocimiento humano en sus aspectos fundamentales. Favorecido por la cualidad de asimilar el saber como placer, no hubo faceta del conocimiento, por insignificante que fuera, que no le llamara la atención.

Poco podían aportar los estudios formales en su tiempo, como lo ha señalado Pablo Macera; era escasa por no decir nula la calidad de la

enseñanza de la universidad de entonces, y Mariátegui habría perdido tiempo que bien empleó en su autoaprendizaje. José Tamayo Herrera ha demostrado la insuficiencia de los estudios universitarios en los tiempos de Mariátegui y cómo una personalidad como la del Amauta tenía que venir de fuera de la instrucción superior. (J. Mariátegui 1995: 4).

Poco después, el joven José Carlos es disculpado; puede hacer uso del pseudónimo, y empieza una serie de crónicas (amén de poemas, cuentos cortos, aunque éstos en otro nivel) que, como creemos haberlo demostrado en nuestro inédito estudio, *Mariátegui juvenil: el cronista*, figuran entre las más importantes de su tiempo. Colabora en los más heteróclitos medios, como: *Mundo Limeño* (1914), *El Turf* (1915, que llega a dirigir), *Lulú* (1915-1916), *Colónida* (1916, la revista de Valdelomar, y arquetipo de publicación contestaria), *El Tiempo* (1916, adonde lleva su importantísima sección diaria "Voces"). En el año 1915, escribe la pieza *Las Tapadas*, con Julio Baudoin; en el 16, con Abraham Valdelomar, el drama en seis actos, *La Mariscala*, según datos de Genaro Carnero Checa.

Es decir, desarrolla una frenética actividad periodístico-literaria, que comprendía, en numerosas ocasiones, hasta tres artículos diarios, amén de poemas, cuentos y el pergeñar sus piezas teatrales. Y todo esto, a partir de una configuración física precaria, signada por la enfermedad que, de niño, lo atacara y de la que nunca, desgraciadamente, se curaría.

La enfermedad es clave para el periplo vital de José Carlos Mariátegui, y de su *alter ego Juan Croniqueur*. Es fundamental referirnos a ella, porque explica muchas de las actitudes "vitales" tanto del escritor, como de su doble, objeto de nuestro estudio.

Nuevamente, por eso, acudimos al testimonio, al estudio del hijo, no sólo por ser uno de los que más se ha adentrado en los meandros de la etapa iniciática de su padre, sino que, por su condición de médico, y más aun, de connotado psiquiatra, ha podido develarnos el *substratum* de estas etapas (la infancia y juventud), antes verdaderamente en sombras, de *Juan Croniqueur*:

José Carlos Mariátegui nació y tuvo sus primeros desarrollos en un hogar modesto con padre ausente, posteriormente fallecido cuando tenía 11 años. Un accidente banal en la escuela le produjo un hematoma en la pierna izquierda, por lo que fue traído a Lima e internado por más de cuatro meses en la *Maison de Santé*, y sometido a

varias operaciones de la zona afectada. Seguiría después el tratamiento de reposo en su casa por cuatro años, quedando truncados sus estudios primarios. La mascarilla de anestesia y el olor del cloroformo quedarían asociados desde entonces a un mal recuerdo de tal magnitud que lo hizo desistir de atenderse en Italia, donde el clima benigno del sur le hizo olvidar su fragilidad corporal, evidenciada por una cojera. (J. Mariátegui 1995: 5).

Imaginemos a ese niño pobre y enfermo, sin infancia. Podía haberse vuelto proclive a una depresión endógena. Mas algunos de estos trenos, de este drenar sus heridas, se podrán captar en las cartas a su misteriosa correspondiente "Ruth".

Independientemente de la cierta *pose romántica* –o *epatante*–, y de las contradicciones que se perciben entre el *croniqueur* que habla de su abulia, de su abandono, de su pereza, mientras escribía frenéticamente artículos y textos literarios, se hallan estos rasgos verdaderos de una infancia infeliz que, cómo no, signan definitivamente.

Sigamos, sin embargo, con la interpretación magnífica de Javier Mariátegui sobre esta etapa y estas circunstancias de su padre, que nosotros invitamos a leer en tanto en cuanto son *sine qua non* para entender al joven autor y a su *sui generis alter ego*:

### Biblioteca de Letras

Durante los años de inmovilidad, José Carlos debió enfrentar el desafío del aislamiento que podía conducirle, según un esquema psicológico, a alguno de los siguientes rumbos: el sobreaislamiento autista, con ruptura con la realidad y debilitamiento de los vínculos sensitivo-sensoriales; depresión anaclítica: o el enfrentamiento de la soledad con un incremento de la vida cognoscitiva y la ordenación creativa de la percepción y de la fantasía, todo ello con activo ejercicio de la voluntad, con autovencimiento, intenso cultivo de la inteligencia y de sus funciones agregadas: atención y memoria. Este es el camino recorrido por el niño José Carlos, quien debió al mismo tiempo demarcar su propia identidad y crear un sistema de regulación protector del medio ambiente que lo rodeaba. (J. Mariátegui: 1995: 5).

Apenas salido de la niñez, José Carlos ingresa a la fragua del trabajo. Allí aprende mucho, en esa gran universidad gratuita de la realidad; pero sólo porque, antes, había desarrollado las condiciones descriptas: esa niñez pobre y

dilacerada por la enfermedad, esa aptitud psicológica para la observación y, sobre todo, esa inteligencia privilegiada y perspicua. Pero todo esto, asimismo, se debe otear a partir de la circunstancia del trabajo y, también, de ese trabajo (en una imprenta, en un periódico) que le tocara desempeñar, ¡tan temprano!, a nuestro protagonista.

Veamos, asimismo, cómo, de qué manera tan impecable, lo anota esto su hijo Javier:

Quien analiza su vida (la de JCM) y cómo ésta se refleja en su obra, sobre todo en el Mariátegui adolescente, aparece de pronto el gran escenario, el amplio espacio que contribuyera a darle identidad personal y a descubrir su vocación esencial.

Mariátegui se forjó y realizó gracias al ejercicio temprano de las letras –como en los tiempos renacentistas que juntaban a escritores con impresores–, en los talleres de un gran diario. En esos talleres, José Carlos fue primero ayudante de taller (“alcanza-rejones”), pero pronto accedió a una posición especial: fue una especie de *Bus-boy*, encargado de relacionar a los periodistas con los linotipistas e impresores. De ese modo, conoció y dominó la dinámica misma de la relación entre la palabra escrita y su concreción tipográfica. Por eso creemos que esas condiciones fueron óptimas para un espíritu que todo lo escrutaba, que todo lo asimilaba con ingenuidad pero también con crítica. Fue la imprenta primero y después el diario, su primer y decisivo aprendizaje.

La imprenta de un diario sería también el espacio de un segundo descubrimiento, el mundo de los adultos, ya iniciado en los meses que permaneció en la sala común para varones de la *Maison de Santé*, mientras seguía las indicaciones del cirujano ortopédico francés Félix Larré.

Tuvo José Carlos una ‘larga fase expansiva del recibir’, como se diría en psicología dinámica, una etapa ‘receptivo-retentiva’ larga y provechosa. Creemos decisiva la experiencia de José Carlos en la imprenta y en el diario, verdadera escuela de un auténtico saber, vínculo entre la artesanía y el arte, puesto que haría del trabajo en la imprenta escuela para el periodismo. Y del periodismo, escuela para la alta política. (J. Mariátegui 1995: 5-6).



El diario *La Prensa* es aquel donde tiene no sólo su aparición, sino el tiempo de mayor desarrollo de *Juan Croniqueur*. Por eso no puede pasarse por alto, no obstante las circunstancias por las que se ve obligado a dejarlo (concretamente, su derechización, al cambiar de dueño).

Fue a los 22 años, cuando renuncia a *La Prensa*, y se incorpora a *El Tiempo* (el 15 de junio de 1916), diario que presentaba una línea liberal, que era el mejor caldo de cultivo para el desarrollo intelectual de José Carlos. Escribe Tauro del Pino:

En *La Prensa* conquistó nombradía como escritor elegante y original, con aires displicentes y escépticos, fruto de las tendencias decadentes. Pero en el cual no logró prosperaran sus empeños para dar cabida a una columna propia.<sup>2</sup>

Sobre esto, precisamente, le cuenta *Juan Croniqueur* a su correspondiente "Ruth":

He tenido que resolver también en estos días una cuestión importante. La he resuelto sin pensarlo. Es así. He aceptado la propuesta de *El Tiempo* para encargarme del puesto de redactor político. No me vuelvas a escribir a *La Prensa*. Escríbeme a *El Tiempo*... Hoy renuncio a mi puesto de *La Prensa*. Voy a hacer telegrama al Dr. Durand... Hasta ayer tuve este problema. ¿*La Prensa*-*El Tiempo* o el diario de Cisneros? No sé si lo he resuelto bien. ¿Cuando resuelve uno bien las cosas?... No he tomado consejo a nadie. (Carta a Ruth del 15 de junio de 1916. *Anuario Mariateguiano*, t. I, pp. 52-53).

Como podemos leer, la decisión no fue fácil. Le dolió. Es que, en *La Prensa*, habían nacido *Juan Croniqueur*, y nuestro propio autor, como cronista. Leamos su propio testimonio sobre el particular:

En *La Prensa* me inicié, me formé, publiqué mi primer artículo. La quiero. La dejo porque desde el cambio de director ha perdido su ambiente, y me siento ahí un poco extraño. Los que asistieron a mi iniciación y la alentaron, los que me engrieron, se fueron ya. Me voy también por ambición. *El Tiempo* surge, es un gran porvenir para mí. ... No te escribo más. Estoy nervioso.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Tauro del Pino 1989: 48, 52-53.

<sup>3</sup> *Anuario Mariateguiano*, N° 1, p. 53.

*Juan Croniqueur* se desarrolla en este periódico: de allí el cariño que le guarda. Porque él lo hace conocido, y le despierta afectos y admiraciones, pero también recelo, como es natural, por la envidia del medio; y, asimismo, por el hecho de que nuestro joven creador no se resigna a ser un plumífero, sino que se desenvuelve en el campo del estilo periodístico, así como en el de la creación.

Por otro lado, su buido ojo crítico era implacable: no se casaba con nadie, y hasta a todo un *señorón* de las letras (a pesar de su juventud, pero por su pro-sapia), José de la Riva-Agüero, le endilga un artículo en el que desmitifica su condición de defensor de lo clásico del estilo, de lo purista y académico del idioma, al pescarle numerosos solecismos, entre otros muchos errores. Confróntese el artículo "Un discurso: 3 horas, 48 páginas, 51 citas."<sup>4</sup>

*Juan Croniqueur* tenía, pues, el problema de ser muy joven, y esto no se lo perdonaban, entre otros, el pintor Teófilo Castillo, que se creía el *non plus ultra* del medio, y que no soportaba que un muchacho como nuestro autor no sólo le enmendara la plana, sino que lo desmitificara. No nos parece, asimismo, que tenga poco que ver el origen muy humilde del recién iniciado periodista, y esto especialmente por haberse atrevido a enfilar lanzas contra un conspicuo representante de la oligarquía (política e intelectual) como Riva-Agüero (quien, por otra parte, nunca olvidó a su joven detractor y de quien se vengara aviesamente en uno de sus libros: *La Emancipación y la República*, en el que calificó, arteramente, a José Carlos Mariátegui, con epítetos de baja estofa).

«Jorge Puccinelli Converso»  
Veamos para que se sepa cómo la derecha no perdona. El simpatizante de Mussolini dijo que nuestro Amauta fue un

*Simple vulgarizador alharaquiento de Marx, periodista reporteril indocumentado y sectario. (\*) !!!*" José de la Riva-Agüero: *La Emancipación y la República. Estudios de Historia Peruana*, p. 116 (*Obras completas*, Lima, Pontificia Universidad Católica, 1971.) (\*) [Enfasis nuestro].

Leamos cómo cuenta, en carta a su entrañable corresponsal "Ruth", esta circunstancia:

La agresividad que yo he despertado generalmente me envanece a ratos (contigo no debo ser falsamente modesto.) Ves que si no valiese algo, si fuera un mediocre como los demás, no sería posible que suscitase sordas hostilidades... *En el Perú es necesario ser absoluta-*

---

<sup>4</sup> Mariátegui, José Carlos. *Escritos juveniles*, t. III, p. 269.

*mente mediocre para no ser detestado. El talento causa miedo y, por ende, reacción.* (Carta a "Ruth" del 6 de marzo de 1920.) [Énfasis nuestro].

Se me acusa de petulancia, de teatralidad y de 'pose'. Es injusta, como todas, esta acusación. Hay de cierto sólo que no tengo la hipocresía fácil y arribista de proclamarme modesto. No quiero parecerme a los que mintiendo modestia alientan en el fondo de su alma la más exagerada de las vanidades. Y no busco embozos ni me agradan disfraces. Me descubro como soy, escribo como siento y nunca haré la profanación de mistificar mi emoción espiritual por dar a un artículo, a un cuento o a una poesía, embustero velo de humildad. (En Extra- Epistolario: *Escritos juveniles*, t. III, p. 79).

La vida lo hizo madurar a trompicones. Como dice su hijo Javier, el desafío de la enfermedad y la pobreza y su vocación por el trabajo, fueron decisivos. Su condición de "lector impenitente (que) procuraba absorber no sólo lo que llamaba la atención, sino lo que significaba algún descubrimiento tanto del mundo exterior cuanto de su propio mundo", fueron puntos cardinales para su desenvolvimiento en un medio de suyo hostil. Y que el mismo José Carlos pinta de modo magistral, en carta del 6 de marzo de 1920, fechada en Roma, en cálida reminiscencia de su *alter ego* ya sepultado:

La adolescente y lírica fe de mis años pasados, de cuando yo era *Juan Croniqueur*, de cuando yo era un 'niño talentoso y malcriado' como más o menos, me dijo Clemente Palma en su 'Crónica'—me ha abandonado.

Tú sabes que no todos han sido conmigo igual que tú, generosos y comprensivos. Me han agredido tanto que he tenido que vivir siempre en son de combate. Se ha aprovechado los menores pretextos para soliviantar contra mí la ciudad. He salido de una acechanza para entrar en otra. Escándalo tras escándalo. Escándalo de Norka Rouskaya, escándalo de los militares, etc., etc. Cierto que *yo no he sido prudente jamás. Pero es que no he podido, no puedo ni podré serlo. Un hombre todo sinceridad no puede ser prudente. No puede ocultar su abominación de la estupidez, ni su pasión por la belleza, la verdad y el talento.*

Precisa, preciosa autoscopia de *Juan Croniqueur* por el propio Mariátegui, a muy pocos años del "deceso" de éste, producido, lo repetimos, en 1918<sup>5</sup>. La carta es del 20.

<sup>5</sup> Recuérdese que esto sucede el 22 de junio de 1918, en el primer número de la revista *Nuestra Época*.

Tenemos, pues, que nuestro *Juan Croniqueur* emerge con un *desiderátum*: *innovar*. Crear incluso, como hemos visto, en un género tan trajinado como el policial. Y lo logra, es cierto, como en aquella crónica en la que da cuenta del suicidio de un ratero en el hipódromo de Santa Beatriz y, a la vez, llama la atención sobre la frialdad del público que le da más importancia a un caballo que se ha roto una pata que a ese ser humano que acaba de quitarse la vida, no importa cualesquiera sean las circunstancias que lo han llevado para que recurra a ello.

Esto se encuentra en el texto "Cosas vulgares. (Al margen de la crónica policial)". El final de esta pieza es decisivamente magistral, y ya nos prefigura al Amauta, o, mejor dicho, nos demuestra que, en el joven *Juan Croniqueur*, se encuentra, ínsita, la madera del futuro fundador del pensamiento social peruano. Leamos:

Para el público, cruel, egoísta, salvaje, no vale la vida de un hombre lo que el remo inútil de un equino... Es la eterna injusticia de las cosas humanas. (*Escritos juveniles*, t. II, pp. 176-178).

Este texto se publicó en *La Prensa*, el 13 de octubre de 1914. Nuestro autor tenía, a la sazón, veinte años. Lo firmaba, claro que sí, *Juan Croniqueur*.

Pero ojo que estamos hablando de un hombre y no de un héroe ni un semidiós. Hay lo que nosotros, parafraseando a Vallejo, llamamos "las caídas hondas de los Cristos del alma"; es decir, aquellas páginas en las que, en efecto, estaría justificada la violenta autocrítica del *Mariátegui medular*, el que ordenara a su madre, doña Amalia, vuelto de Europa, destruir las páginas que ésta —como todas las madres de escritores— había religiosamente recortado.

Es decir, sin reticencias equívocas, hay artículos —muy pocos, es cierto— donde la juventud del autor (a quien, sin embargo, acabamos de ver maduro, como en la crónica glosada líneas arriba), lo hace desbarrar; y se trata, especialmente, de aquellos titulados *Causeries*; y de algún otro como el que dedicara a "Las mujeres pacifistas" (*Escritos juveniles*, t. II, pp. 241-242). Su autor tenía 20 años. Se publicó en *La Prensa* el 2 de mayo de 1915.

No olvidemos, sin embargo, que nuestro *Juan Croniqueur* era un profesional. Y que todo lo que, en el terreno periodístico, escribiera lo hizo *pane lucrando*, para ganarse el diario condumio. Y que, no obstante ello, como veremos más adelante, su estilo resultó ciertamente impoluto y de una perfección difícilmente loguable en quien escribía, no sólo todos los días, sino —como ya lo

hemos señalado— en muchas oportunidades, más de un artículo diario, pues, aparte de *La Prensa*, colaboraba con varias revistas, amén de que no cesaba de trabajar poemas, cuentos y piezas dramáticas.

Ya demostramos en un estudio anterior<sup>6</sup>: la crónica fue, con su encanto popular y su ligereza, el camino, el puente que utilizara el joven periodista para abrirse campo en un terreno tan anfractuoso como el del periodismo limeño de las primeras décadas de este siglo.

*La crónica, el más literario de los géneros periodísticos*, fue el arma idónea que esgrimiera nuestro autor para lograr su propio estilo, su propia forma expresiva. Además, como lo subrayamos, estaba aquello de la vocación literaria de nuestro autor, para lo cual necesitaba un género *ad hoc*.

Tauro escribe respecto a este género periodístico, decisivo para la maduración intelectual de nuestro *croniqueur*:

...su propio modelo de la crónica: inspirada siempre en la actualidad, ajustada al interés y la sensibilidad popular, ágil, amena y reflexiva; fundamentalmente volcada a la dilucidación de los problemas humanos o de los conflictos ligados con algún asunto inquietante; y, desde luego, comprometida con el curso de la vida y su inagotable gama de posibilidades. (Tauro 1991: X).

El joven cronista tiene que desenvolverse en varias especialidades (toros, hípica, modas, costumbrismo, policial, internacional), y en todo cumple muy profesionalmente. Hace gala de su *métier*, como por ejemplo sus muy comentadas “Crónicas del paddock”, que merecen el siguiente comentario, también del maestro Tauro del Pino:

...lo cierto es que tales [se refiere a las crónicas hípicas] fueron tareas cumplidas en aras de su acceso a los superiores niveles profesionales, pero que en ningún momento alteraron su concepción del periodismo como instrumento de orientación social y cultural. Aquella experiencia había perfilado su agudeza para el seguimiento y presentación de las noticias, así como los originales relieves que su pluma confería a los asuntos más comunes.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Orrillo, Winston, *Op. cit.*, p. 35.

<sup>7</sup> Tauro del Pino 1987: 33-34.

Además, muchas de estas crónicas eran narraciones en agraz, o, ellas mismas, eran puntos de partida para páginas literarias, o devenían, como hemos demostrado en un estudio sobre Vallejo periodista, en verdaderos ejercicios de prosas poéticas, textos independientes del género periodístico —por definición meramente utilitario— destinado a informar puntualmente sobre un acontecimiento o suceso.

Nuestro *chroniqueur*, asimismo, se adelanta a un subgénero muy en boga hoy en día, y de urgente actualidad: *el periodismo ecológico*. Hay páginas suyas destinadas a defender a los árboles que deben ser releídas, como aquella en la que denuncia un “atentado arboricida [sic] en el Jardín Botánico” (*Escritos juveniles*, t. II, pp. 30-36).

Comentario aparte, porque es entrañable para el desarrollo y la consolidación de la personalidad de *Juan Croniqueur*, es el que haremos al ejercicio de una especialidad no precisamente muy desarrollada en las letras peruanas. Nos referimos a la epístola (tema precisamente de un próximo ensayo).

Simplemente planteamos —para concluir esta sección— que, en el desarrollo de *Juan Croniqueur*, hay que reparar en su etapa iniciática en *La Prensa*; en su salto dialéctico a *El Tiempo* (una vez que dejara aquélla por su rechazación, producida a raíz del cambio de propietarios, los que palmariamente mostraban su proclividad hacia el gobierno de turno); ya en éste, como periodista político con su importantísima columna “Voces”; pero, antes, en sus intentos —fallidos, pero intentos al fin y al cabo— de espacio, de columna propia, que se trasunta en su “Guignol del día” y en sus “Cartas a X. Glosario de las cosas cotidianas.”

Aparte, figuran sus colaboraciones en *Lulú*, *Mundo limeño*, *El Turf* (que dirigiera sin dirigirlo, según le confesara a su corresponsal “Ruth”), y su participación en la aventura de *Colónida*, derivada de su amistad entrañable con Abraham Valdelomar, con el que comparte la bohemia del *Palais Concert*, adonde concurría casi cotidianamente, y donde tuviera ciertas “veleidades aristocratizantes”, *epatantes*, propias más bien del aire épocal (un Modernismo ya casi en tramonto, un vanguardismo asumido como una *mélange* extraña, y especialmente el futurismo), que de la psicología y/o temperamento mismos del joven autor, quien se hallaba en plena forja de su personalidad.

Es la misma época, sin embargo, en la que *Juan Croniqueur*-José Carlos Mariátegui organiza —1915— el Círculo de Periodistas de *La Prensa*, tiene la

voraginoso correspondencia con Ruth y sigue troquelando su personalidad definitiva: la que cuajará en el posterior Amauta, el que —lo afirmamos— no constituye un *divortium acuarium* con el joven *croniqueur*, sino *el resultado de una maduración más que de un cambio* (hecho, por otra parte, expresado por el propio Mariátegui en difundida entrevista, publicada el 23 de julio de 1926, en *Mundial*, con la periodista y escritora Ángela Ramos).

Como *croniqueur* ha llegado, pues, al pináculo profesional, a alturas que ya quisiera cualquier periodista.

Leamos lo que escribe González Vigil:

Basta la lectura de este tomo [se refiere al II de los *Escritos juveniles*], con 74 textos aparecidos entre 1911-1917 [es decir, plenamente como *Juan Croniqueur*: W.O.], a los 22 años de su precoz redactor, para constatar que Mariátegui es uno de los mejores *croniqueurs* del Perú (con Ventura García Calderón, Valdelomar y Enrique Carrillo) y asistir al despliegue de un estilo y de una inteligencia que madurarán en los años 20 como uno de los mejores ensayistas del idioma” (González Vigil 1991: 141).

Profesionalmente, de este modo, se hallaba realizado. Se había producido el cambio, ya anotado, de *La Prensa* a *El Tiempo*, y con eso llegó el acercamiento, más cotidiano, a la realidad monda y lironda, a la política que todo lo emporca, pero sin la cual ningún cambio puede hacerse. Y *Juan Croniqueur* estaba empezando a periclitarse para dar paso al que vendría, al Amauta. Alberto Tauro describe, así, esta etapa definitiva:

De *Juan Croniqueur* el ‘adolescente soledoso’ que se ve obligado a abandonar ‘su actitud sentimental, displicente e irónica’; (y) desciende del mirador sombroso y tibio, que en el hipódromo le permitía apartarse de la concurrencia frívola y bullidora, y se enfrenta a los problemas y contrastes de la realidad: descubre los velos artificiosos de la tradición a la cual rindió tributo en la alegre trama de *Las tapadas*, para sacudir la indolencia de una sociedad inmovilista. Se yergue para desafiar temores y falsos pudores de los pecados, cuando promueve un acto de unción estética en el cementerio; cuando habla en voz alta para opinar sobre la adecuación del ejército a los objetivos de nuestra época, y aun cuando esboza su deseo de viajar a países extranjeros para respirar aires porveniristas y tornar un

día con acervo de ideas nuevas. Altivamente se anuncia en todo ello la lúcida mentalidad de José Carlos Mariátegui. Impulsado ya por su voluntariosa madurez y desvelado por las agitaciones de la vida contemporánea, aspira a ejercer desde el periodismo un fecundo magisterio. (Tauro: *Anuario Mariateguiano*, t. I, p. 49).

He aquí, pues, al joven en trance de madurez. Al joven asediado por una sociedad que no perdona ni el talento ni la precocidad y que, acostumbrada a lo pacato y adocenado, zahiere a nuestro *croniqueur*, que es decir a nuestro Mariátegui, porque, como ya lo expresamos, se trata de una misma persona o, mejor dicho, del *alter ego*. Como en otras ocasiones, quien mejor lo ha expresado es el hijo psiquiatra:

[se trata de una] huella autorreferencial, pista autobiográfica a veces explícita, a veces encubierta pero siempre presente desde los primeros escritos de José Carlos Mariátegui. Suerte de ejercicio especular constante que permita a la persona el reconocimiento de los cambios que suceden en su 'psique' y 'soma', para integrarlos a su modo de ser, que se construye sobre un 'eje' que otorga a las funciones del yo la necesaria 'constancia de presente'. Para esta tarea se puede recurrir a los copiosos *Escritos juveniles*, que, aunque incompletos, nos facilitan en ocho tomos la mayor parte de la '*edad de piedra*' de Mariátegui o si se quiere de su *alter ego*, *Juan Croniqueur*. (J. Mariátegui 1994: 66). [Énfasis nuestro].

«Jorge Puccinelli Converso»

*Juan Croniqueur* acusa el golpe. Pero se defiende magistralmente:

...han aparecido algunas veces elogios o diatribas sobre mi persona y literatura. Los primeros no se debieron nunca a mi súplica ni a mi prosternación. Las segundas no han tenido, a pesar de las características de mi juventud inquieta y ardorosa, la virtud de molestarme o soliviantarme.

¿Por qué se quiere oponer a cada minuto a mis opiniones y a mis actitudes el atajo de mi poca edad?...

Prefiero no tener esos años, porque teniéndolos tal vez alentarían en mí las mismas tenebrosidades espirituales, las mismas pequeñeces, las mismas amarguras de derrota, las mismas sombras de fracaso que en las almas tortuosas producirá el conocimiento de que la gloria y la reputación cosechadas fueron temporales y deleznales. Prefiero ser joven si mis pocos años me van a preservar de estas lacerías y de estas llagas. No importa que mi temperamento,



mi tendencia y mi pasión me conduzcan alguna vez al extravío. *Me enorgullece mi juventud porque es sana y honrada y porque me conserva esta gran virtud de la sinceridad.* (*Escritos juveniles*, t. III, pp. 78-79.) [Énfasis nuestro.]

Clarísimo, enhiesto, *Juan Croniqueur*, todo juventud, responde. Sin embargo se halla próxima a cesar esta etapa de la vida de nuestro Mariátegui. Pronto, muy pronto, él mismo le rezará al responso a su *alter ego*. Esto sucederá en el número I de la revista *Nuestra Época*, correspondiente al 22 de junio de 1918.

Pero, antes, veamos cómo prosigue su defensa y nos permite conocer otra profundidad del modo de ser de nuestro autor:

*Yo no recurro a los estímulos del éter, la morfina ni del ajenjo... Ninguna influencia me ha malogrado.* Mi producción literaria desde el día en que siendo un niño escribí el primer artículo ha sido rectilínea y ha vibrado en ella siempre el mismo espíritu. Fue siempre igual. *Mi delito ha estado en que no he tenido la debilidad y la cobardía de adular a estos pretendidos árbitros de nuestra literatura, de rendirles pleitesía, de llegarme a ellos.* Desconozco el espíritu de manada que en ellos es credo, y ante los más grandes soles de nuestro mundo intelectual no me aflige la necesidad de sentirme satélite. Soy responsable del pecado, del desacato de no haberme deslumbrado nunca antes estas "pirámides". Un ateo de nuestra literatura que hoy recibe su excomunión y que se enorgullece de ser incluido en un Index que es patente de rebeldía, independencia y orgullo. (*Escritos juveniles*, t. III, p. 79.) [Énfasis nuestro].

Pero, poco a poco, se fue dando cuenta que *Juan Croniqueur* había cumplido su ciclo vital. Con lo que no estaremos nunca de acuerdo, y volvemos a referirnos a nuestro libro anterior<sup>8</sup>, es con la pseudocontradicción entre *Juan Croniqueur* y el Amauta.

Somos de los que estamos por la unidad fundamental de nuestro autor, de su vida y obra (y sus pseudónimos). Somos de los que subrayamos la continuidad ininterrumpida entre el *Croniqueur* y el Amauta, en un todo integral (Javier Mariátegui *dixit*), que el propio José Carlos, por otra parte, denominara en la "Advertencia" de sus *7 ensayos*: "una sola cosa, un único proceso."

---

<sup>8</sup> *Op. cit.*

Nos alineamos con quienes apuntan hacia la visión integral mariáteguista, sin disyunción ninguna, camino por el que discurrieron o discurren Jorge Basadre, Hugo Neira Samanez, Genaro Carnero Checa, Guillermo Rouillon, Diego Meseguer, Edmundo Cornejo Ubillús, Juan Gargurevich, Ricardo Luna Vegas, Alberto Flores Galindo, Javier Mariátegui Chiappe, Gonzalo Portocarrero Maisch, Alberto Tauro del Pino, Eugenio Chang-Rodríguez, Ricardo González Vigil y Manuel Miguel de Priego, entre algunos otros.

*Juan Croniqueur* es un periodista-artista o un creador-periodista. A pesar del obituario de 1918, toda la vida José Carlos Mariátegui lo seguirá siendo (seguirá llevando, en su *sancta sanctorum*, al *croniqueur*). El hábito de su *poiesis* nimbarrá lo mejor de toda su obra de la etapa llamada medular.

Esto lo ha resumido bellamente Gonzalo Portocarrero:

...su entusiasmo [el de JCM] por cambiar la sociedad -al que llegó tan rápidamente- no se sustentó en fórmulas sino en una actitud frente a la vida, definible como pasión por la aventura y apuesta a la autenticidad. *Llegaremos a la conclusión de que ello obedece a que Mariátegui asumió la ética y la política sin rechazar el llamado del arte y la estética [es decir la presencia de Juan Croniqueur, añadiríamos: W.O.].* De esta manera, la fe y el compromiso no significaron una negación moralista de sí mismo, sino una radicalización de su intento por expandir todas sus capacidades. Así, ni el conocimiento de la teoría socialista ahogó su intuición, ni la incursión en la política endureció su sensibilidad. La creación no cedió lugar al dogma y el humor no fue desplazado por la culpa. En realidad, Mariátegui trató de relacionar ambas esferas: no abdicó del arte, tampoco lo separó de la política; más bien, *encontró en el arte, en la energía y el desinterés que despierta lo bello, la clave que permitiría redefinir la política como creación colectiva de un mundo donde la intensidad de la vida haga honor a las posibilidades del ser humano.* (Portocarrero Maisch 1995: 75-76.) [Énfasis nuestro].

## II. Obituario y resurrección (?) de Juan Croniqueur

Un suelto –con negrita– en el número 1 (22 de junio de 1918) de *Nuestra Época*, Revista Política y Literaria (en su página 3, abajo, a la derecha. Véase la edición facsimilar de la Empresa Editora Amauta, que figura sin fecha, pero que es, según testimonio de Javier Mariátegui, de 1985). Allí podemos leer lo siguiente:

**Nuestro compañero José Carlos Mariátegui ha renunciado totalmente a su pseudónimo de *Juan Croniqueur*, bajo el cual es conocido, y ha resuelto pedir perdón a Dios y al público por los muchos pecados que escribiendo con ese seudónimo ha cometido.**

Y nada más. Ninguna otra explicación. Extraña parquedad, por cierto.

El modo prosopopéyico de la notita necrológica, no la exime de un cierto humor negro, característica, por otro lado, muy presente en varios de los textos del propio *Juan Croniqueur*.

Por otro lado, ha habido oportunidades (especialmente en entrevistas y en la comunicación al Congreso de la 3ª Internacional) en las que el propio Mariátegui, maduro ya, defendiera su juventud y asegurara que, en aquella época, él ya pensaba, y que su personalidad desarrollada no había, de ninguna manera, salido sorpresivamente, como la deidad mitológica, de la cabeza de Zeus. Y que en aquel joven (vale decirlo, en *Juan Croniqueur*) ya se gestaba el Amauta medular.

Por otro lado, hubo no pocos, como Óscar Terán, que no creyeron absoluta la muerte del *alter ego*. Así, éste escribe: “Es allí (en *Nuestra Época*) donde Mariátegui abjura -*decisión que no será definitiva*- de su seudónimo de *Juan Croniqueur*: (Terán: 1980, 22).

Este equívoco se da porque, en efecto –como ya lo hemos adelantado– el seudónimo reaparece en colaboraciones que José Carlos enviara desde Europa. Pero es, como en otras ocasiones, el propio Javier Mariátegui quien acude presto para el esclarecimiento. Fue Pedro Ruiz Bravo -como señaláramos- el versátil director de *El Tiempo* (ya en ese momento turiferario del leguísimo), quien exhumara el pseudónimo para ponérselo a los artículos que venían firmados por una personalidad reluciente a la satrapía *ad usum*. Además, el mencionado Ruiz Bravo no sólo violentó la voluntad de José Carlos, sino que, además, lo

estafó, pues los artículos provenientes de Europa estaban destinados a ser cobrados por doña Amalia –su madre– y ella no pudo hacerlo jamás.

Y para corroborar lo anterior, Javier, siempre solícito, nos condujo a la cita exacta: una carta a “Ruth”, desde Roma, donde José Carlos pone en claro todo, y se reafirma en su voluntad de dejar, en su sarcófago, por lo menos simbólicamente, al ya inhumado *Juan Croniqueur*:

He visto que han exhumado en *El Tiempo*, al pie de artículos que yo enviaba con un seudónimo nuevo, mi infantil y olvidado seudónimo de *Juan Croniqueur*, al cual renuncié formalmente en la revista *Nuestra Época*, arrepiñiéndome de todos los pecados que con él había cometido. Quiero dejar constancia ante ti que soy completamente ajeno a la resurrección de dicho seudónimo y de que lo lamento desde lo más profundo de mi alma.” (Carta a Ruth desde Roma, el 16 de octubre de 1920).

### III. Génesis del pseudónimo: posición personal

*Juan Croniqueur* es, pues, el pseudónimo que marca los inicios literario-periodísticos del joven José Carlos Mariátegui, aunque no es el único que utilizará a lo largo de esta primera etapa de su obra, pues cuando alcanza la madurez ya se presenta sólo, única –orgullosamente, podríamos acotar– con su nombre real.

No olvidemos, por otra parte, que en aquel tiempo el seudónimo caracterizaba a la mayoría de los escritores de su entorno: “Ascanio”, “Gaston Roger” y “El Conde de Lemos” son sólo algunos.

Sobre la explicación del seudónimo, hay varias posiciones. Comencemos con la del maestro Alberto Tauro del Pino. Él dice que nuestro autor emplea el seudónimo por criterios profesionales, y por ser “discrecional”. “Tauro recuerda que “el pseudónimo adoptado en ese momento implicó una definición, signada por el tono y la intención del género. “En similar sentido se pronuncia Javier Mariátegui, quien dice:

Mariátegui, en la época del diarismo utilizó varios seudónimos, pero solía firmar principalmente como “*Juan Croniqueur*”. Juan para identificarse con el común; *Croniqueur*, para denotar el género periodístico elegido: la crónica. (J. Mariátegui 1992: 175).

El importante ensayista, Manuel Miguel de Priego, coincide con Tauro en tanto en cuanto, igualmente, para él, el seudónimo “dejó asomar así el temprano anuncio de un programa profesional” (Miguel de Priego 1991: 75).

Algo que nadie puede dudar es la connotación afrancesada del seudónimo, hecho, por otro lado, perfectamente congruente con la atmósfera modernista todavía dominante (recuérdese: estamos en 1911, y el gran movimiento, cuyo gonfalon portó el “divino” Rubén, tiene fuerza prevaleciente hasta 1916, año de su muerte). *Juan Croniqueur*, de este modo, nace en plena atmósfera dominada (*inficionada* querrán decir algunos, entre los que se incluye JCM) por el Modernismo, heredero del Simbolismo y el Parnasianismo franceses. Además, recuérdese la permanente lentitud con la que los movimientos y sus influencias se desarrollaban en nuestro medio. Amén de que no está demás recordar que, durante la enfermedad infantil del joven autor, el tratamiento se llevó a cabo en la *Maison de Santé*, clínica francesa donde, por cuatro meses y al cuidado de las religiosas-enfermeras de esa nacionalidad, empezó a aprender la lengua de Baudelaire, mientras se recuperaba de las intervenciones quirúrgicas que nunca lograron volver a la normalidad su baldada pierna izquierda.

Sobre el tema, el joven y destacado crítico de la Universidad Católica, Ricardo González Vigil opina:

Más que afrancesamiento (rasgo acentuado en el joven Mariátegui), a tono con el Modernismo y Postmodernismo de esos años, que significan el apogeo del *croniqueur* en las letras hispanoamericanas (llámense Enrique Gómez Carrillo, Ventura García Calderón o Abraham Valdelomar), el uso del vocablo *croniqueur* quiere evitar la confusión que suscita el término ‘cronista’.

En todo caso, nada de afrancesado ni sofisticado hay en el nombre Juan, que precede al oficio de *croniqueur*; por el contrario, es el nombre por antonomasia en español para connotar hombre de pueblo. (González Vigil 1991: 141).

Miguel de Priego, por otro lado, destaca un punto de vista *sui generis*: este “afrancesamiento” de nuestro autor no sería sino “una forma de rebelión contra el ambiente de hispanofilia conservadora” y “para sacudir el conformismo y burlarse de las polillas sabihondas”. El ejemplo arquetípico de esto sería el señor Riva-Aguero y su academismo, en conocida simbiosis con *su proclamado amor por lo español y lo académico, detrás del que se hallaba una tesitura reaccionaria a toda prueba*.

Leamos lo que dice Miguel de Priego:

Como lo evidencia el pseudónimo, declara su vocación de 'afrancesamiento, que con abstracción de lo que conceptuara Mariátegui en ese lapso, implica un cierto tránsito por el cosmopolitismo, buena ventilación y un buen antídoto contra el encopetamiento, la pompa y el lenguaje grandilocuente y vacío. (Miguel de Priego 1993: 141).

Lo expuesto basta para que saquemos nuestra posición personal: *croniqueur* es, en efecto, el cronista, el escritor elegante y afrancesado, según el gusto modernista *ad usum*; pero (y este pero es muy importante) unido a *Juan*, nombre popular por antonomasia que, en su iluminada simbiosis, nos daría la siguiente conclusión: *el pueblo* (el hombre de pueblo que era José Carlos Mariátegui, por su su condición económica –que no por su origen paterno, tronchado con próceres) *puede y debe* (¿por qué no?) *ser un cronista –su cronista– en la más alta acepción del término, que sería en este caso la del croniqueur. Ergo*, el pueblo no tiene por qué no ser elegante y atildado, puesto que, dada su madurez, habría llegado la hora de –sin intermediarios– ser su propio comunicador.

El pseudónimo *Juan Croniqueur*, de este modo, sería, para nosotros, una suerte de darle la palabra –hermosa, elegante, estética (o esteticista, qué más da), adamantina en suma, al pueblo, pues ya habría llegado la hora de que él mismo produzca, sea protagonista de su historia, y no mero testigo o víctima de ella.

Y lo anterior lo deducimos porque nuestro personaje –elegante y atildado como correspondía a un cronista de su época, y de su nivel– sin embargo nunca abandonaría su origen popular, y aun en su estación de cronista policial, suerte de horcas caudinas por las que deben atravesar todos los aprendices de periodistas, demostró que era posible dotar a este subgénero (de suyo nauseabundo, excrementicio), de un contenido humano que lo diferenciara específicamente del tratamiento *ad usum* y que hasta hoy se emplea para embotar las páginas del periodismo amarillo.